

DON DEOGRACIAS. (1)

¡Qué oigo! sabe ya que es Bernado: — pero, muger, ¿cómo? — (2) á Dios plan.

DOÑA BIBIANA.

Pues qué, ¿piensas que yo no sé nada? y tú tambien lo sabias; dí, dí que no.

DON DEOGRACIAS. (3).

Este maldito se habrá descubierto, por fuerza. — Es verdad que lo sabia; pero...

DOÑA BIBIANA.

¿No digo yo? pues mira, Deogracias, hablemos claros; precisamente como se porta tambien, presentarse asi... con ese descarar...

DON DEOGRACIAS. (4)

¿No digo yo que se ha descubierto?

DOÑA BIBIANA.

Insultando á todo el mundo; eso es burlarse.

DON DEOGRACIAS. (5)

No hay sino tener paciencia. — Pero, muger, tanto delito es... si él no quisiera á la chica no hubiera procedido asi... ¿no ves que el mismo amor le ha obligado á hacer todo eso?

DOÑA BIBIANA.

Todavía le disculpas; ya está visto que nunca convendremos en este punto; y ¿á qué engañarme y hacerme creer?... vaya, yo... en una palabra, toma tú determinacion, ó despi-

- (1) *Aparte.*
 (2) *Aparte.*
 (3) *Aparte.*
 (4) *Aparte.*
 (5) *Aparte.*

de á Bernardo al momento, ó ni cuentas con tu muger, ni con tu hija: ella le aborrece ahora mas que nunca: le ha despreciado á él mismo.

DON DEOGRACIAS.

¿A él mismo? ¡pobre muchacho!

DOÑA BIBIANA.

Sí, á él mismo, sí; con que haz lo que gustes; pero no lograrás nunca que tu hija se case con ese hombre, por mas astucias y por mas engaños que fragües... (1)

DON DEOGRACIAS.

¡Bibiana! esto no tiene remedio, se fue; si es una furia; y yo quisiera enfadarme, pero soy un pobre hombre.

ESCENA VII.

DON DEOGRACIAS.

La hemos hecho buena; todo mi proyecto por tierra; y en el ínterin mi muger gastando y triunfando. No, pues el resto de mi plan se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré orden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo menos no se perderá todo. Pero esté imprudente; cómo

(1) *Vase.*

lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aqui viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle; él me dirá... ó á lo menos le consolaré; ¡qué afligido debe estar!

ESCENA VIII.

JULIA.

Nadie hay aqui; en ese almacén maldito hay tanta gente... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... ¡qué bonita! veamos. (1)
 "Cinco mil rs. del tilbury, que no puedo pagar todavía." Otra deuda; y el tilbury le debe, ¡ah! qué poco me gusta este carácter. Si me caso con él, yo le corregiré, sí. "Ocho mil rs. á la fonda;" ¡mas deudas! ¡Dios mio! una carta... ¡qué es esto? "Amada Josefina:" ¡cielos! si me engañará, la fecha es de hoy: "Amada Josefina, disipa tus sospechas infundadas, es verdad que te he confesado mi plan de boda con la Julia, y que la he pedido; pero ni en esto hay amor, ni siquiera inclinación, solo una razón de conveniencia; mis asuntos lo exigen, su dote es crecido; en fin, desengáñate, y vuélveme tu cariño; tú misma cuando me haya casado y me veas mas constante contigo que nunca..." ¡Infame! (2)

(1) *Lee.*

(2) *Cae sobre el sillón.*

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

PASCASIO.

...; Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Sauco, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aquí... pues no está, y que dé esta esquila á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tia acaba de espirar, que heredá qué se yo cuánto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. ¡Jesus! ¡Jesus! qué de enredos y misterios, y... ¡vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores todavia no han venido á recojerse, pues nunca les sucede; pero aqui está.

ESCENA II.

DON DEOGRACIAS y despues PASCASIO.

DON DEOGRACIAS.

Vamos, que esta casa no parecè sino una casa de orates: ¡qué desórden! todo abierto, nadie recojido al amanecer todavia, ni aqui hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; este Bernardo ¿dónde estará? por mas que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo; ¿qué quieres?

PASCASIO.

Señor, acaban de darme esta carta para usted.

DON DEOGRACIAS.

Bien, anda con Dios; abre y barre el almacén: temprano empieza hoy la correspondencia, á estas horas... "á don Deogracias &c...; el conde del Verde Sauco:" ¡otra! ¡qué pesado es el tal señor! si volverá á insistir, pues yo bien claro hablaba en la mía... ¡eh! luego la leeré; no estoy para perder tiempo. Francisco, Francisco.

ESCENA III.

DON DEOGRACIAS, FRANCISCO.

FRANCISCO.

Señor.

DON DEOGRACIAS.

¿Y mi muger y mi hija han vuelto ya?

FRANCISCO.

No señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aquí ayer... tan elegante...

DON DEOGRACIAS.

Sí, ¿y qué?

FRANCISCO.

Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche, que ha oído decir qué se yo qué cosas de ruina y pérdidas en el juego, y... venia asustado.

DON DEOGRACIAS.

Calla, (1) ¿él tambien lo ha creido?—¿y se fue?

FRANCISCO.

Dijo que tenia una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué se yo; pero que volvia al momento.

DON DEOGRACIAS.

¡Bueno! pues ahora lo que corre mas prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si estan todavía en casa del baron de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aqui vienen ya, vete; ¡buena muestra traen!

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA (2).

DOÑA BIBIANA.

¡Jesus, Jesus qué noche! parece que estaban conjuradas todas las soras contra mi bolsillo. Pero es posible que tú tambien... pues si veías que yo no tenia fortuna ¿por qué te fuiste á jugar?...

DON DEOGRACIAS.

Esas reconvenciones son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca habia cogido un naipe; tú con esa maldita mania me has llevado al precipicio, porque era

(1) *Aparte.*

(2) *Entran por el almacén, Francisco abre.*

el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las esquelas impresas, hasta para dar parte de si íbamos á paseo, los convites, los bailes, los ambigús, en que todo Madrid se ha reído de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruina, el desprecio de nuestros iguales, la indignacion de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

DOÑA BIBIANA.

¡Pero qué! ¿estamos enteramente arruinados? no es posible.

DON DEOGRACIAS.

Ya te lo he dicho, hasta el almacén; en fin, no nos queda mas que nuestra vanidad.

JULIA.

¡Ah! mamá, cuántas veces le decia yo á usted "no juegue usted."

DOÑA BIBIANA.

Y qué, ¿querias que yo no jugara? ¿qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fui en este conflicto á casa del baron de la Palma; alli he escrito tres esquelas, contando nuestra situacion á la marquesa del Clavel, al baron de Baraundi, y al duque del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro dia ganaremos.

DON DEOGRACIAS.

Asi empiezan los caballeros de industria.

DOÑA BIBIANA.

Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, que enviamos á las tres partes.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS.

Tú veras la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de personajes, ¿qué me querria el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

“Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he divertido con usted; ¿con que se ha creido que un hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enlazarse con uno de la suya. Han variado las circunstancias, y estoy mucho mas en el caso de despreciar á usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted de sus fardos... &c., &c.”

¡Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo, ¡ah! sino se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, ¡qué ocasion! ¡qué carta! esta se la achacaria yo á él, como escrita despues de haber sabido nuestra ruina: ¡oh, como le maldecirian, y entonces qué ocasion de descubrirse! pero aqui estan.

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA.

DOÑA BIBIANA.

¿Quién lo habia de pensar de tanta amistad?

DON DEOGRACIAS.

¿Qué! ¿han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?

DOÑA BIBIANA.

¡Oh! si nunca les hubiera escrito; mira tú, llamándome la marquesa del Clavel "la señora comercianta," y el duque del Término "dígame usted á la tendera," y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. ¡Dios mio! ¡qué ignominia!

DON DEOGRACIAS.

Ya me lo figuraba yo eso... — (1) Esto va á las mil maravillas.

DOÑA BIBIANA.

¡Infames!

JULIA.

¿Qué es esto que nos sucede?

DOÑA BIBIANA.

Aun nos queda una esperanza.

DON DEOGRACIAS.

¿Cuál? ya te entiendo, gracias á este escarmiento, ya pensarás con mas juicio. Bernardo tal vez.

DOÑA BIBIANA.

¿Quién? ¿Bernardo? ¿vuelves á tu porfia?

(1) *Aparte.*

no ha de ser, no señor. El conde del Verde Sauco; ese quiere de veras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.

DON DEOGRACIAS.

¿Quién? ¿el conde del Verde Sauco?

JULIA. (1)

¡Dios mio! en qué ocasion; yo le aborrezco.

DOÑA BIBIANA.

Ese es el único...

DON DEOGRACIAS. (2)

¿Qué es esto? si habrán visto al verdadero conde; él la queria, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y como ya habian descubierto á Bernardo, le admitirian; él la obsequiaría; y esta última carta la escribiría despues de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.

DOÑA BIBIANA.

¿Qué piensas? ¿qué dices?

DON DEOGRACIAS.

Muger, no queria hablarte de esto; pero, mira una carta que acabo de recibir del conde. (3) No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.

JULIA.

¡Dio mio! añadir la infamia á la traicion!

DOÑA BIBIANA.

Ya no hay ninguna esperanza.

(1) *Aparte.*

(2) *Aparte.*

(3) *Aparte.*

DON DEOGRACIAS. (1)
 Me dan lástima; pero demos el último golpe. — En fin, me parece que ya no queda mas recurso que Bernardo, él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situacion...

JULIA.

Ah, papá, nunca, nunca. Despues del desaire hecho á Bernardo por el conde, seria para mí un verdugo su generosidad: he sido engañada, lo confieso; pero esta situacion en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazon, y harto haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

DON DEOGRACIAS.
 Hija mia, pero ese amor ¿cuándo se formó? ¿de cuánto tiempo? ó yo estoy loco.

JULIA.

Papá mio, pocas horas han bastado; pero no haga usted mi tormento mayor recordándome mi ligereza...

DON DEOGRACIAS.
 ¡Pobrecita!... (2) mas Bernardo viene, en qué ocasion tan mala.

ESCENA VII.

**DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA,
 BERNARDO.**

BERNARDO.

Familia desgraciada, hermosa Julia.

(1) *Aparte.*

(2) *Aparte.*

JULIA.

Aparte usted; aun tiene usted atrevimiento...

BERNARDO.

Julia, qué mudanza...

JULIA.

Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño... (1)

DON DEOGRACIAS.

Está loca; ¡pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.

BERNARDO.

Julia, basta de ficcion; esto no es mio.

JULIA.

¿No es de usted?

BERNARDO.

Ni soy el conde del Verde Sauco, ni nunca lo he sido.

DOÑA BIBIANA.

¿Qué dice?

JULIA.

¿Usted no?

BERNARDO.

Efectivamente, el conde verdadero del Verde Sauco es el dueño de esta cartera.

JULIA.

¿Quién?

BERNARDO.

El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.

(1) *Le da su carta y la cartera.*

JULIA.

¡Papá! — Y usted ¿quién?

BERNARDO.

Yo soy el único Bernardo.

JULIA.

¿Usted?

DOÑA BIBIANA.

¿Usted? — Hombre, ¿qué dices?

DON DEOGRACIAS.

Sí, el señor; pero qué, ¿no lo sabias ya? ¿pues no me digistes, muger, que sabias que Bernardo estaba aqui? yo creí que habias descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponiamos.

DOÑA BIBIANA.

¡Jesus, Jesus! yo sueño.

BERNARDO.

Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que puede quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavante. En este momento me he visto con el conde, á quien yo habia citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Solo, pues, resta, Julia mia, que usted me perdone este ligero engaño.

JULIA.

¿Por qué le ha usado usted conmigo?

BERNARDO.

Me equivoqué; ahora conozco que no merecia usted esta ficcion; pero vengo á enmen-

dar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneración en mis bienes del mal trato de la suerte.

DOÑA BIBIANA.

¡Qué nobleza! ¡y qué vergüenza para mí!

BERNARDO.

Solo apetezco que su mamá de usted...

DOÑA BIBIANA.

Venga usted á mis brazos, noble joven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

JULIA.

¿Conque ya no tendrá usted desafios, ni trampas, ni?...

BERNARDO.

Jamás, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía los indemnizará á ustedes...

DON DEOGRACIAS.

No hay necesidad, ven á mis brazos, Bernardo, hijo mio; llegó el caso de descubrir el resto de mi plan: mi ruina es supuesta.

DOÑA BIBIANA.

¿Qué dices?

JULIA.

¡Papá!

BERNARDO.

¡Supuesta!

DON DEOGRACIAS.

Sí, hijos mios; quise aplicar este último correctivo á la locura de mi muger; ha surtido efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se expone el que trata de salirse de su esfera.

DOÑA BIBIANA.

¡Ah! esposo mio, perdona...

DON DEOGRACIAS.

Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y, á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesión cuando es honrosa.

R43/3/3

FIN.



JULIA

BERNARDO

